

EL IMPACTO DE LA JERARQUÍA DE GÉNERO EN EL EROTISMO FEMENINO

Claudia Truzzoli

Una iniciativa de diversos Colegios Profesionales, Facultades e Instituciones varias de decretar el año 2006 como *Año Freud* me lleva a rendirle homenaje con el respeto que se le debe a los grandes pensadores, que consiste en tomar su palabra de manera crítica, como se haría con un buen padre, tomar de él lo que sirve e ir más allá de la adhesión ciega a su palabra. De lo contrario, dicha adhesión acrítica implicaría falta de inquietud y autonomía, dependencia que no haría honor a la pasión por la verdad inherente a todo investigador.

Dicho esto y centrándonos en el tema de este monográfico, –mujer y psicoanálisis– hay que reconocer la valentía de Freud de haberse planteado los malestares de los que se quejaban las mujeres que él tomaba en tratamiento, como teniendo su origen en una insatisfacción erótica. Idea que no era nueva en su época, puesto que en los círculos médicos se hablaba de “problemas de alcoba”, pero como un comentario de pasillo. Freud intentó investigar cómo esos problemas de alcoba actuaban en la génesis de los trastornos neuróticos que presentaban sus pacientes – mujeres en el inicio, quienes le enseñaron a escucharlas.

Sus investigaciones y el saber escuchar fueron llevándolo paulatinamente a descubrir diferencias importantes en la erótica de ambos sexos y sobre todo, su descubrimiento capital, no por cierto grato, fue que el inconsciente no conoce la diferencia de sexos y que el único sexo que tiene allí una representación es el masculino (Freud, 1978). O sea, que la diferencia de sexos no se inscribe como una oposición entre hombre o mujer sino como oposición entre fálico o castrado, siendo entonces la posesión o privación del órgano genital masculino el elemento alrededor del que gira la diferencia clasificatoria del sexo. La lógica del inconsciente se maneja

entre esos dos parámetros. Masculino y femenino será el resultado de una elaboración posterior, donde para establecer la diferencia que dé un sentido a ciertas características genéricas, Freud se apoyará en parte en la conducta de las células sexuales creando la oposición activo o pasivo como equivalente de masculino o femenino, respectivamente aunque no le conformaba del todo esta analogía. Y tenía razón, dado que él mismo señalaba que las mujeres debían poner en juego un alto nivel de actividad tanto en el ejercicio de la maternidad como en acto sexual para llegar al orgasmo. A esa apoyatura inicial se le agregan todos los estereotipos culturales que intentan definir los diferentes géneros estableciendo categorías polares excluyentes en actitudes, comportamientos, rasgos de carácter, maneras de sentir, todo un amplio espectro de posibilidades humanas que aparecen así artificialmente divididas. Por ejemplo, un hombre no llora, una mujer es sumisa.

Hoy asistimos a una verdadera debacle de estos estereotipos y los malestares de alcoba están asumiendo nuevas formas. A esto han contribuido el feminismo y los movimientos de liberación homosexual que han permitido una mayor visibilidad de los deseos eróticos heterodoxos que antes eran patologizados. Las críticas que el feminismo conocedor de la teoría freudiana le ha dirigido a la misma y la revisión hecha por Lacan han ampliado el horizonte de comprensión de la sexualidad, la femenina especialmente. Algunas autoras feministas muy lúcidas han desmitificado el patrón normativo centrado en la heterosexualidad. Por ejemplo, Adrienne Rich, poeta, establece el concepto de un continuo lesbiano aplicable a todas las mujeres para señalar que la frontera que separa lo hetero de lo homo es permeable en ellas (Rich, 1986). Otra filósofa feminista americana, Judith Butler, también ha dirigido una contundente crítica a la heterosexualidad: “La heterosexualidad está siempre en proceso de imitar y aproximarse a su propia fantasmática idealización, y de fracasar” (Butler, 2000).

Lo que significa según la autora que “cuando la heterosexualidad se erige como el fundamento natural de la orientación sexual del cual la homosexualidad se consideraría una mala copia, es ella misma [la heterosexualidad] una teatralización

que aspira a parecerse a un ideal de sí misma que nunca consigue adecuar del todo y siempre en riesgo permanente” (obra cit). Esta afirmación es totalmente coherente con las ideas freudianas que afirmaban la bisexualidad en todos los sujetos humanos. En una nota de 1923 a pie de página del caso Dora (Freud, 1908) o sea, casi dos décadas después de su publicación, Freud reconoció su fracaso en ese análisis y atribuyó el abandono de Dora del tratamiento, por no haberse dado cuenta a tiempo de la importancia de la corriente homosexual en los neuróticos. Algo del orden del desconocimiento y también de cierto prejuicio médico propio de la época en la manera de pensar la homosexualidad hizo que también fracasara en otro caso que publicó y que tituló “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (Freud, 1920), también referido en la literatura psicoanalítica como el caso de la joven homosexual. Joven que al igual que Dora también fue llevada a Freud por su padre, no por su deseo. El padre de esta última confiaba en que la influencia de Freud la calmara asustado como estaba por la amenaza de ella de suicidarse. La queja de Dora que se fue desvelando a través de su análisis era haber sido objeto de un pacto perverso entre su padre y el marido de una mujer que ella adoraba –la señora K. Su padre era amante de la señora K y el señor K quería seducir a Dora, que a la sazón tenía catorce años. El pacto podría enunciarse así: tu mujer por mi hija y tú y yo hacemos como que no nos enteramos. La joven homosexual es llevada por su padre para ser tratada con el fin de “normalizarla”, o sea, en este caso concreto, heterosexualizarla, después de un intento de suicidio por la desesperación de sentirse abandonada por la mujer a la que adoraba. El padre se avergonzaba de ello por el propio puritanismo de la época entorno a la homosexualidad como por el hecho de ser la amada de la joven una mujer de reputación poco recomendable de acuerdo a las normas morales imperantes entonces. ¿Cuál fue el error de Freud en este caso? Pensar la homosexualidad como inversión de género, propio de la concepción médica de la época en estos asuntos lo que no le permitió tomar en cuenta como verdadero un deseo hetero de la joven y atribuirle una intención de engaño para vengarse así tanto de él como de su padre que esperaban ese deseo, para defraudarlos después. Resultado, Freud le indicó la conveniencia de ser

tratada por una analista mujer a la que la joven no acudió nunca. Además Freud estaba muy preocupado en ese entonces por la orientación homosexual de su hija Anna, en análisis con él desde hacía un año, hecho que no deseaba hacer público. Razón por la cual aceptó tratar a la joven homosexual, contraviniendo su costumbre de hacerlo cuando la homosexualidad de quien lo consultaba le resultaba egosintónica –o sea, que no le traía ningún conflicto por sí misma– como en este caso. Prueba de ello fue que Freud no dejó ningún registro de homosexuales que lo consultaron, porque para él no eran casos. Sin embargo hay un testimonio de un paciente, Bruno Goetz, citado por H. Abelow, (Abelow, 2000), homosexual que quería ser reconocido como poeta, pobre en recursos económicos y que sufría problemas con los ojos y fuertes jaquecas. Uno de sus profesores arregló una consulta con Freud y le envió algunos poemas de su alumno. Cuando finalmente acudió a Freud le habló de la masturbación, de la vez que amó a una mujer mayor que él, de su atracción por los marineros a quienes quería besar, de su soltería. Todo esto contribuyó a que desaparecieran las jaquecas y a sentirse inmediatamente mejor. Freud le preguntó si la cuestión con los marineros nunca le había molestado, a lo que Goetz contestó que no y que siempre había estado enamorado. Freud replicó: “Cuando usted está enamorado todo está bien, ¿verdad? Para usted ciertamente” y rió. Le preguntó cuando había comido un bistec por última vez, le entregó un sobre cerrado diciéndole que era una prescripción y le dijo: “Por favor, acepte este sobre y permítame esta vez actuar como su padre. Una pequeña retribución por la alegría que me ha dispensado con sus poemas y la historia de su juventud”. En el sobre había dinero más que suficiente para un buen bistec. Nótese de paso la diferencia entre la permisividad de Freud y la patologización de los seguidores de la escuela inglesa y americana en el tratamiento y la conceptualización de la homosexualidad. Nótese también la diferencia entre la falta de análisis de la disposición homosexual del joven Goetz y la declaración de Freud de su agradecimiento por el placer de escucharlo y las interpretaciones exhaustivas de las causas de la disposición homosexual de la joven junto a la frase que le dijo al despedirse cuando le puso fin a su tratamiento. Volveremos sobre esto más adelante.

Si traigo a colación estos temas es porque me interesa destacar el impacto que ejerce sobre la sexualidad femenina la diferencia jerárquica de los sexos que le otorga al género masculino un valor de privilegio y que considera lo femenino como un género devaluado. Freud en su obra de 1931 *La feminidad* (Freud, 1931) señalaba tres destinos posibles de la sexualidad femenina que él centraba en el impacto de la diferencia sexual anatómica, vivida como una minusvalía en el caso de las mujeres. Frente a esta constatación de la diferencia en menos comparativamente con el sexo masculino, comparación puesta en los órganos genitales, las niñas pueden reaccionar de tres modos diferentes: o bien una catástrofe de la vida erótica que tendría como efecto una aversión por la sexualidad, o bien por una masculinización –que puede suponer homosexualidad o no–, o bien, por la aceptación de una diferencia que la acerca al género masculino y le permite el goce. Solución esta última que Freud consideraba la vía auténticamente femenina. Gerard Pommier (Pommier, 1986), señala que las dos posibles primeras salidas indicadas anteriormente se apoyan en una confusión entre falo y pene.

En realidad, el falo es un concepto que señala una ausencia y no una presencia, una ausencia, sin embargo, que tiene el poder de disparar el deseo. El pene es el órgano que representa el falo pero no lo es. Si se confunde falo y pene podríamos pensar que la castración es un asunto que sólo afecta a las mujeres y que los hombres hacen gala de completud. Un chiste de Woody Allen dice que él no entiende porqué se atribuye la envidia al pene a las mujeres cuando son los hombres los que están permanentemente preocupados por su tamaño. De hecho, es verdad que en todo hombre está presente el fantasma de un Padre incastrado, gozador, de plena potencia indeclinable. Eso es el ideal del falo, pero como se comprende no tiene nada que ver con el pene real. Pero hacer sinónimos falo y pene divide al mundo de los humanos en fálicos y castrados, premisa de la existencia de un solo sexo tal como aparece en el inconsciente (Freud, 1923). Pero eso es una pura imaginarización que queda desmentida en lo real. Una mujer es alguien que no tiene pene, pero no tiene por qué tenerlo, es diferente, es otro sexo. Ese otro sexo que el inconsciente no reconoce como

tal sino como sexo castrado. Algunos autores han señalado la preeminencia de la percepción para explicar por qué la diferencia de sexos se percibe de este modo. Pero es una explicación insuficiente porque según lo expresan las fantasías sexuales infantiles, otra obra publicada por Freud con el mismo nombre (Freud, 1908), la percepción queda desmentida frente a la presencia de la ausencia de pene en la niña y se justifica pensando que o bien fue castigada por alguna razón y perdió el pene que tenía, o bien es demasiado pequeña y ya le crecerá. Esto significa que se impone una idea que podríamos llamar la premisa universal del pene, que no es otra cosa que la idea delirante de que tiene que haberlo tanto si es niña como si es varón. Desde una lógica consciente esta idea es rechazable porque no se comprende por qué lo masculino se erige como único. Si hiciéramos una suposición que respondiera a la misma lógica pero invirtiendo los términos y pensáramos en dividir el mundo de los seres sexuados erigiendo lo femenino como el factor diferenciador único, tendríamos seres vaginados valorables y seres invaginados devaluados. ¿Es gracioso, verdad? Tanto como pensarlo al revés. Pero el inconsciente no se rige con esta lógica. La representación que la mujer tiene en el inconsciente es bajo la figura de la madre. Y es más, la castración en la madre tiene más que ver con la caída de su omnipotencia que con la ausencia del pene. La pregunta entonces es en qué contribuye esta lógica fálica al malestar que procura al género femenino más allá de una diferencia sexual anatómica, o sea, preguntarnos qué efectos tiene en la niña su percepción temprana de la jerarquización de género que la coloca en un lugar devaluado frente al hombre y por extensión frente a los valores masculinos que ganan en jerarquía devaluando los valores femeninos como algo de menor importancia y por otra parte, qué efecto produce en los destinos de sus ideales la ausencia de representación inconsciente de su sexo como otro y de su representación como madre, que la coloca en un lugar donde su sexualidad no será autorizada del todo. Así como en un hombre, la sexualidad refuerza su narcisismo y aumenta su autoestima, en la mujer se produce una relación contradictoria entre sexualidad y narcisismo, además del hecho de no contar con la aprobación social, aunque los tiempos parecieran decir lo contrario. Esto es

especialmente evidente cuando se manifiestan deseos sexuales en la madre. Todos esperan que sus hijos sean los que están primero en sus intereses y cuando una mujer demuestra que no es así, tiene que vencer un prejuicio muy fuerte que la denigra haciendo girar sobre ella el fantasma de la puta. Recomiendo la película *The mother*, especialmente ilustrativa al respecto.

La lógica fálica del poder llevada a su extremo conduce a la guerra y a la muerte porque alguien que no ha superado la roca de la castración –que contrariamente a lo que afirmaba Freud, sí es superable–, es capaz de matar para demostrar que tiene más fuerza, más coraje, más... De lo que tenemos tristes ejemplos actuales en algunos protagonistas de la política mundial. La lógica fálica lleva al enfrentamiento, a la lucha por el puro prestigio, a la dominación inescrupulosa, a la violencia doméstica para demostrar quién manda, cuando esa lógica responde al enaltecimiento imaginario del Padre Terrible, el incastrado, el dueño del goce y de la potencia absolutas. Otros valores como el diálogo, el intento de conciliación, la ternura, el amor, el cuidado del otro, entre otras cosas son vividos por quienes sustentan una lógica del poder absoluto como una debilidad feminizante. De hecho a nuestro presidente actual han llegado a ponerle el apodo de “Bambi”, por su talante dialogante y el apodo de “killer” (matador) cuando se ha mostrado mucho más firme y viril en decisiones difíciles. Noten ustedes la resonancia del nivel imaginario de la castración en la elección de esos dos apodos. Cuando alguien ha asumido la castración simbólica, que es la aceptación de que la fuerza, la potencia, el saber, tienen sus límites, son inevitables y rigen para todos, actúa de manera más conciliadora y favorece más un lazo social compatible con las diferencias sin hacer de éstas un motivo de confrontación, exclusión o jerarquía.

El impacto que ejerce en la subjetividad de las mujeres esta jerarquización de los géneros que las devalúan, puede dar lugar también a tres posiciones diferentes en su relación con el otro sexo y con el propio: una salida es permanecer niñas y dependientes, hacerse eco de la devaluación social de su género delegando en el hombre sus potencialidades y sus ideales, ser objeto de deseo y no sujeto de deseo,

buscando permanentemente la protección masculina, el dejarse llevar por el hombre, lo que puede convertirlos en mujeres inhibidas de sus propias capacidades, creer que no saben, que no pueden, lo que las confinaría al lugar que tradicionalmente se les ha reservado a las que nuestra cultura patriarcal consideraba femeninas. Evidentemente este modelo de feminidad no es el que predomina hoy, sino más bien el que rinde culto a la mujer autónoma, exitosa, eficiente, que gana su propio dinero, ambiciosa, todas estas cualidades que se han considerado tradicionalmente masculinas. Lo cual da pie a otra de las salidas posibles frente a la percepción del género devaluado: la reivindicación. El demostrar que una mujer puede, sabe, conquista, gana, adquiere derechos de autora, se comporta como sujeto activo de deseo y su relación con el hombre se signará con el matiz de la igualdad, igualdad que en este contexto, no es negación de la diferencia de sexos, como muchas veces se confunde aún en los medios analíticos ortodoxos, sino un reclamo de la igualdad de derechos que no implica repudio de la diferencia. Tanto es así, que estas mujeres siguen conservando su orientación heterosexual en cuanto a la satisfacción de su goce erótico. Otra salida posible es una especie de desistimiento de su relación con el hombre por el naufragio de sus ideales más que por renegación de la diferencia sexual, lo que puede llevar a muchas mujeres a elegir una pareja femenina por ser más acorde a sus ideales de valoración del género, de comunicación y del descanso que implica no tener que sostener una mascarada femenina. Joan Rivière (Rivière, 1979) nos proporciona el caso de una mujer que presentaba como síntoma la necesidad urgente de tener una relación sexual con el hombre después de haber tenido éxito como conferenciante para defenderse del miedo de haberlo castrado, reasegurándose como mujer de esa manera. Es notable la correlación entre éxito femenino y miedo de castración masculina. Cuando a Joan Rivière le preguntaron cuál era la diferencia entre la mascarada femenina y la verdadera feminidad dijo que no había ninguna. Sin embargo, cuando las mujeres que hoy ocultan sus éxitos, sus potencialidades, su inteligencia, haciéndose las desvalidas o haciéndose pasar por poco inteligentes frente a los hombres, no todas lo hacen por los mismos motivos. Hay quienes realmente protegen

el narcisismo del compañero de manera tierna y sentida, movidas por el amor –lo que deja al hombre en la situación del niño que hay que proteger. Otras, en cambio, ejercen una especie de enmascarado cinismo, complaciente o no, porque saben que el precio que pagan la mayoría de quienes no lo hacen es la separación. Triste destino de muchas mujeres exitosas en la actualidad: están solas. Aunque las que siguen con sus hombres en este plan de desigualdad injusta no están menos solas. Recuerden ustedes la película *Solas* de Benito Zambrano y el ensayo del mismo título de Carmen Alborch (Alborch, 1999). O sea, que no puede decirse con toda seguridad que las que se quedan en pareja con esas condiciones lo desean libremente, sino que hay un cierto forzamiento, atribuible a complejos motivos, entre los cuales no está ausente el miedo a la soledad, a no ser deseadas y también a la violencia masculina. Los varones aún no encuentran su lugar en las nuevas demandas que le dirigen las mujeres que por otra parte son agentes activas del cuestionamiento de la masculinidad tradicional que está para muchos de ellos de capa caída. Algunos resultan espoleados a buscar otras formas de masculinidad por estas nuevas feminidades que les descoloca de su sitio clásico y en cambio otros reaccionan con violencia extrema por pánico de perder poder como tristemente puede constatarse en los casos de violencia doméstica que van en aumento. Por otra parte, las mujeres más poderosas siguen presentando una contradicción en sus demandas a sus compañeros masculinos, que consiste en que se las trate de manera igualitaria pero que también se muestren fuertes a la hora de protegerlas.

Otras eligen pareja femenina. Ahora bien, la elección de una pareja femenina por parte de una mujer ¿implica siempre homosexualidad? Rotundamente no. Y la salida reivindicativa que Freud llamaba masculinización (implicando la homosexualidad) no siempre es tal en el caso de aquellas mujeres que responden a un ideal moderno de feminidad sin que ese ideal afecte a su deseo por los hombres. Debería reservarse ese término para aquellas que se masculinizan en el deseo. Este es el punto donde en la clínica tenemos que ser muy rigurosos y advertidos de no caer en prejuicios que malograrían nuestra eficacia terapéutica. La presunta normalidad, si por

esto se entiende la heterosexualidad, no deja de ser un recurso fantasmático, una ficción social que ejerce todo su empuje en esa dirección, destinada a taponar un vacío ineludible en toda identidad, que nunca tiene la consistencia que imaginariamente tiende a atribuírsele. Lo mismo podemos decir de las nuevas normalidades cuando intentan la misma finalidad. No podemos olvidar que el objeto de deseo es asexuado, que siempre es parcial (voz, mirada, seno, escíballo, pene). Hay una referencia interesante al caso de la joven homosexual en Lacan (Lacan, 2006) donde añade al *niederkommen* freudiano otra interpretación, el haber sido dejada caer por su padre y también por Freud. Además de una referencia al objeto parcial (*petit a*) como objeto causa del deseo. Lo que aclara por qué el objeto del deseo es asexuado y permite comprender que la preferencia por satisfacer el placer con alguien del mismo sexo no pasa por la negación de la alteridad ni tiene que ver con la inversión del propio género. No todos los homosexuales hombres se consideran femeninos ni todas las lesbianas se consideran masculinas. El error de Freud cuando teorizó sobre la joven homosexual fue considerarla un caso de perversión y no de histeria, apoyando su diagnóstico en el criterio de la inversión, localizándola en la identificación y en la elección amorosa. Por sí solos tales criterios no bastan para determinar una estructura perversa. La vida erótica responde a otras vertientes además del amor, tales como el deseo y el goce erótico. Leyendo la biografía del caso de la joven homosexual de Freud que acaba de ser publicado (Rieder y Voigt, 2004) por dos periodistas que la entrevistaron antes de su muerte, una de ellas nieta de una mujer que fue amada por Sidonie, podemos constatar que su pasión inicial por una mujer que se hacía mantener por los hombres pero que prefería a las mujeres como objetos eróticos se limitaba a una inflamación amorosa pero sin deseo erótico ni pretensión ninguna de goce sexual. Cuando ella se despidió de Freud le pide que éste le diga a su padre que la baronesa “no la apartó del recto camino en dirección a su cama”. Freud le dice al dejarla: “Usted tiene una mirada muy astuta... No me gustaría encontrarla por la vida como su enemigo”. Curiosa declaración de Freud que nos hace pensar por qué si una mujer es astuta un hombre imaginariamente puede percibirla como enemiga. De todos modos Freud ya

había expresado una idea similar en una carta a su novia (Marta) del 15 de noviembre de 1883, cuando le preguntaba si debía pensar en ella como un competidor en referencia a un comentario sobre ideas liberales de Stuart Mill acerca de la emancipación femenina a la que Freud no encontraba justificación por la melancolía que significaría la pérdida para el hombre del ideal femenino (de su época) (Freud, 1969).

Volviendo a Sidonie, ésta se siente atraída por mujeres relacionadas con hombres, casadas, lo que nos puede llevar a establecer una similitud con la pregunta de la histórica acerca de la feminidad y de cómo otra mujer puede representarla frente a un hombre. Ella misma decidió pagar su tributo a la “normalidad” a sus 28 años con una experiencia heterosexual que le resultó repulsiva con un hombre con el que terminó casándose dos años después. Matrimonio sin ilusión aunque guiada por la esperanza de que si alguna vez una mujer volviera a deslumbrar su corazón –por lo cual rezaba y esperaba para poder huir de la apatía de su vida–, haría lo que había aprendido de Léonie, la baronesa objeto de su primer amor, quien le había enseñado lo bien que se podía hacer congeniar una apariencia social con una vida según el propio modo de ser. El único hombre del que se había enamorado no le correspondió porque consideraba que ella era una esteta y en la cama se pierde toda estética. Es más, en su biografía, el acercamiento al goce y a la experiencia sexual con una mujer se produce cuando ella es muy mayor y en grados de aproximación lenta. Y de ningún modo puede afirmarse que aún en estos casos se trate de una perversión. Que ella sintiera que la belleza era su criterio, su afrodisíaco, que el deseo el motor que la impulsaba y que su cumplimiento y la realidad no eran más que decepción y abatimiento, no la diferencian de la histórica. Lo confirman su asco a la realización del erotismo y sus respuestas emocionales frente a la relación lesbiana que le provocaban mucha angustia y miedo de perder el objeto de amor. Circunstancia que le imposibilitó sostener sus vínculos cuando más le importaban. Sidonie tuvo a lo largo de su vida tres intentos de suicidio, uno el referido por Freud, otro con una ampolla de veneno y el tercero disparándose con un revólver al corazón errando el tiro por dos centímetros. Todos

ellos motivados por la experiencia de abandono de parte de la mujer amada. Cuando lo que está presente fundamentalmente es el amor, que puede incluir o no, deseo y goce, es donde el inconsciente tiene menos que decir porque al estar el amor vinculado con el narcisismo y por tanto, con los ideales, supone en sí mismo un movimiento fundamentalmente homo.

Serge André en su libro *La impostura perversa* (André, 1993) dice: “Esta relación con el deseo a través del fantasma que lo sostiene –y la evitación de la castración, o por el contrario, su afrontamiento– es la que puede ser neurótica o perversa [la homosexualidad] y no simplemente la identificación del sujeto o su elección de objeto”. Ejemplo de ello es la descripción del caso de dos mujeres lesbianas que trató donde se ve claramente en la transferencia clínica (que no es otra cosa que la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente) la diferencia de estructura subjetiva de ambas. Una perversa, la otra histérica. ¿Cuál es la diferencia? La perversa juega un desafío al padre donde pareciera querer usurpar su lugar como agente del goce ofrecido a las mujeres, como si quisiera enseñarle cómo deben ser tratadas y extrayendo un plus de placer añadido puesto en la convicción de que ella es mejor para eso que un hombre. En cambio en la histeria, el acercamiento a la experiencia lesbiana no tiene tanto que ver con el desistimiento del hombre como objeto erótico ni con una rivalidad con el padre queriendo usurpar su lugar de agente de goce para las mujeres, sino más bien con una interrogación y una fascinación por la creencia imaginaria de que la mujer amada posee el secreto de la feminidad respondiendo así a un ideal de ser que desea para sí misma.

Por todo ello me parece de una enorme importancia considerar el papel que juegan los factores sociales en el destino mutable de la erótica femenina y no deducir desde nuestro lugar clínico como psicoanalistas comprometidos con las cuestiones de las mujeres, una categorización del deseo que confunda práctica sexual con orientación sexual. Lo que habla verdaderamente de una posición femenina o masculina es el lugar de sexuación donde el sujeto se coloca para obtener su goce tal como fue definido por Lacan en el Seminario XX (*Aún*) (Lacan, 1981), posición que

puede adoptar con un partenaire homo u hetero. Lo que diferencia la posible homosexualidad de la heterosexualidad no es la elección práctica del sexo de la pareja en la realidad, sino en las fantasías que sostienen el goce erótico. Y aquí la heterosexualidad no es tan pura como no lo es a veces la homosexualidad. Hablar de una sexualidad normal es hacerse eco de una ilusión que viene a poner un tapón tranquilizador a la inconsistencia inherente a toda identidad, tal como denuncian los estudios *queer*, quienes desmienten la naturalidad de la sexualidad. Freud también señalaba el carácter profundamente desnaturalizado de la sexualidad humana justamente porque la pulsión no trae ninguna indicación para encontrar su objeto sexual. Pero a diferencia de los postulados *queer*, el psicoanálisis reconoce la existencia de límites en la sexualidad que están determinados por la fantasmática particular de cada sujeto. No se puede ser todo lo que se quisiera porque la posición sexual de cada sujeto le pone su propio límite al goce.

“Propio límite” quiere decir “propio de cada sujeto”.

BIBLIOGRAFÍA

- Abelove, Henry (2000): “Freud, la homosexualidad masculina y los americanos”, en *Grafiás de Eros*. Buenos Aires: Edelp (Ed. de la École lacanienne de Psychanalise).
- Alborch, Carmen (1999): *Solas*. Madrid: Ediciones Temas de Hoy.
- André, Serge (1993): *La impostura perversa*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, Judith (2000): “Imitación e insubordinación de género”, en *Grafiás de Eros*. Buenos Aires: Edelp (Ediciones de la École lacanienne de Psychanalise).
- Freud, Sigmund (1978): *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones, que incluye:
- (1901): “Fragmento de análisis de un caso de histeria. (Dora)”. (Vol. VII).
 - (1908): “Sobre las teorías sexuales infantiles”. (Vol. IX).
 - (1920): “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”. (Vol. XVIII).
 - (1923): “La organización sexual infantil”. (Vol. XIX).
 - (1931): “La feminidad”. (Vol. XXII).
 - (1969): “Cartas a la novia”. Barcelona: Tusquets.
- Lacan, Jacques (1981): *El seminario XX. Aún. [1972-1973]*. Buenos Aires: Paidós.
- (2006): *El Seminario X. La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Pommier, Gérard (1986): *La excepción femenina. Ensayo sobre los impases del goce*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Rich, Adrienne (1986): *Sangre, pan y poesía. Prosa escogida 1979-1985*. Barcelona: En Icaria Editorial.
- Rieder, Inés y Diana Voigt (2004): *Sidonie Csillag. La joven homosexual de Freud*. Buenos Aires: El Cuenco de plata. Ediciones literales.
- Rivière, Joan (1979): *La feminidad como máscara*. Barcelona: Ediciones Tusquets.